

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de
la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura

DIVERSIDAD, IDENTIDADES Y CIUDADANÍAS: LA EDUCACIÓN SOCIAL COMO CULTURA CIUDADANA

Rosa María Marí Y Tarte

© Rosa María Marí Ytarte

© Derechos de edición:

Nau Llibres. Edicions Culturals Valencianes, S.A.

Periodista Badía 10.

Tel.: 96 360 33 36, Fax: 96 332 55 82.

46010 VALENCIA

E-mail: nau@naullibres.com web: www.naullibres.com

Diseño de portada e interiores:

Artes Digitales Nau Llibres

Imprime:

Guada Impresores S.L.

ISBN: 84-7642-703-4

Depósito Legal: V- XXXX - 2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.



Descíbeme un lugar
Si todo el mundo pudiera hacerlo, habría paz
Peter Handke, Fantasías de la repetición

Para Rosendo, Dolors y Vilma, para Angels y Johan
Que hacen cada día amable la ciudad

Vinaròs, Septiembre, 2004

ÍNDICE

Primera Parte

Formar parte del mundo: tarea de la educación social

| | |
|--|----|
| 1. Teorías de la socialización. La educación como proceso de pertenencia al mundo | |
| 1.1. ¿Qué entendemos por socialización? | 9 |
| 1.2. Una mirada hacia atrás y algunas teorías acerca del proceso de socialización | 12 |
| 2. Sociedad del conocimiento y agencias de socialización. Aventurarse <i>por</i> y educarse en la ciudad global | |
| 2.1. Las agencias clásicas de socialización | 20 |
| 2.2. Las “nuevas” agencias de socialización | 22 |
| 3. Multiplicidad y fragmentación. La socialización frente a la “saturación” de las identidades | |
| 3.1. Problemáticas de la socialización en el mundo actual | 29 |
| 3.2. Virtualidades, consumo e imagen en el proceso de socialización | 32 |
| 3.3. Ser sujeto, ser actor ²³ ... la educación contra la socialización | 35 |
| 3.4. La socialización como encuentro y construcción de la identidad | 37 |

Segunda Parte

Educación y diversidades. Identidad e intercultural en educación

| | |
|--|----|
| 4. Socialidad y diversidad cultural. Lo múltiple como escenario | |
| 4.1. La socialidad como punto de partida | 41 |
| 4.2. La cultura como legado | 44 |
| 4.3. La identidad como individualidad | 46 |
| 5. Interculturalidad | |
| 5.1. Interculturalidades | 53 |
| 5.2. Socializarse en la interculturalidad | 54 |
| 5.3. Conceptos de la diversidad: multiculturalidad e interculturalidad | 56 |
| 6. Comunicación y mediación intercultural | |
| 6.1. La noción de comunicación intercultural | 61 |
| 6.2. Comunicación y mediación intercultural respecto de los procesos migratorios ... | 65 |
| 6.3. La mediación intercultural como tarea educativa | 66 |

7. Socialidad, cultura y ciudadanía desde la educación social. La acción educativa y el desarrollo de una cultura ciudadana

| | |
|--|----|
| 7.1. Construir la socialidad como tarea educativa..... | 69 |
| 7.2. Vincularse al mundo..... | 71 |
| 7.3. ¿La educación como alternativa?..... | 74 |
| 7.4. Identidad e individuación..... | 80 |
| 7.5. Ciudad y ciudadanía: proyecto de la educación social..... | 85 |

Bibliografía

PRIMERA PARTE

Formar parte del mundo:
tarea de la educación social

Capítulo 1.

Teorías de la socialización. La educación como proceso de pertenencia al mundo

Quiero llevar una vida plena, adulta, viva, activa, en contacto directo con todo lo que amo, la tierra y sus maravillas, el mar, el sol. En contacto con todo aquello que queremos decir cuando hablamos del mundo externo. Quiero penetraros, ser una parte, vivirlos, aprender lo que enseña él y perder todo aquello que, en mí, es superficial y adquirido, convertirme en un ser humano consciente y sincero. Quiero comprender a los demás comprendiéndome a mi misma. Quiero realizar todo aquello en que soy capaz de convertirme para ser (y aquí he dejado de escribir, he esperado, he esperado todavía, pero inútilmente, una sola expresión dice lo que hay que decir) una hija del sol... Pero la vida, la vida cálida, ardiente, viva –plantar raíces en la tierra–, aprender, desear, saber, sentir, actuar, es lo que yo quiero. Nada más.

Citati, 1990: 105-106

1.1. ¿Qué entendemos por socialización?

Aprender, desear, saber, sentir, actuar... y nada más. Así reflejó K. Mansfield su pertenencia al mundo. Formar parte del mundo era para esta escritora una experiencia de identidad que abarcaba múltiples formas de expresión, de conocimiento y de convivencia. Formar parte del mundo como una tarea de conocimiento y saber que debía, además, ser intensa. Esa sería quizás una forma de abordar e iniciar la reflexión acerca del concepto de socialización, como ese deseo que expresa la escritora de conectarse con lo vivo a través de múltiples caminos. Como esa labor específicamente humana que nos remite a la experiencia de individuación e identidad y se establece en contacto con un mundo “exterior” que está fuera y al que de algún modo quiere vincularse, ese mundo en definitiva al que pertenece pero que necesita hacer suyo, nombrar con sus palabras.

Es decir, podríamos llamar socialización al tiempo de la vida humana y a sus itinerarios, a los relatos que acontecen en el transcurso de ese tiempo y a las historias que se inauguran en él, a medio camino entre la cultura recibida y aquello que somos capaces de inventar.

La socialización sería, por tanto, esa asimilación¹ de la vida en la vida, de la sociedad en sociedad y del otro en la relación. Socializarse significa tanto la condición previa a nuestro devenir humano como su misma posibilidad y es, al tiempo, proyecto de futuro y presente de los acontecimientos cotidianos: aquello que va ocurriendo mientras transitamos la vida. Socializarse es, pues, educarse en el mundo y para el mundo que aún no es, e inventarnos en el espacio intermedio entre lo que nos ha precedido y lo que imaginamos posible.

La socialización es lo proyectado pero también lo que irrumpe en forma de azar, de cambios y rupturas; es la transmisión sistematizada del pasado y sus legados tanto como la iniciativa y los interrogantes no resueltos. Abarca por igual las respuestas elaboradas en forma de normas, valores y prácticas, como los vacíos, silencios y preguntas que se inician de nuevo en cada uno de nosotros. Socializarse es también, paradójicamente, diferenciarse, hacerse uno entre muchos. Su requisito es posibilitar la individuación, la particularidad necesaria a través del complejo desarrollo de nuestra socialidad²: en la interacción con otros significativos, desde sus mensajes y a partir de los lugares que éstos nos regalaron; desde el aprendizaje irregular y fragmentado de los roles sociales y desde la interiorización, siempre incompleta, de las exigencias y normas del mundo al que llegamos. De ese proceso, de sus itinerarios y problemáticas en la actualidad es de lo que vamos a intentar hablar en este libro, y de la educación como la acción que puede favorecer ese lazo necesario para que lo humano singular se desarrolle plenamente, tal y como deseó Katherine Mansfield.

Son muchas las disciplinas que se han ocupado del proceso mediante el cual los seres humanos devienen seres sociales, individuos de una sociedad particular. También a partir de las teorías pedagógicas se ha abordado la cuestión de la socialización intentando explicar, desde numerosas perspectivas, el conjunto de procesos que forman ese largo y lento aprendizaje por el cual cada uno se convierte en miembro efectivo de su sociedad, en “hijo” de una historia y de una época. Una primera definición que contempla esta realidad nos dice que toda socialización se refiere a las relaciones del ser humano con la sociedad y la cultura. La introducción a ese universo social y cultural constituye un amplio proceso que no es posible abarcar desde el análisis de una sola ciencia social y que requiere de la mirada confluyente de diversas disciplinas. Así entendida, la socialización señalaría la “introducción” del ser humano en la cultura y, de modo amplio, todo aquello que acontece en ese itinerario: los encuentros, las rupturas, los sucesos que posibilitan ese lento hacer y deshacer de la vida humana.

La socialización se ha entendido, se entiende por lo común, como aquel proceso por el cual un individuo *se construye y desarrolla en tanto que sujeto de la sociedad de la que forma parte*. Proceso que, necesariamente, implica la *interiorización de sus pautas culturales*, sus narraciones, sus costumbres y normas y, lo que es previo e imprescindible a todo ello, su lenguaje. Es, además, un proceso por el que ese sujeto no sólo aprende a ser miembro de una sociedad particular, en el sentido más adaptativo del término, sino que hace suya esa sociedad y se *individualiza* en ella, concretando de forma particular y única un medio social que le ha precedido y del que necesita para construirse.

1 Utilizamos este término en el sentido de “nutrición”, como metáfora del “alimento” que es asimilado, incorporado y transformado por cada individuo en el transcurso de su crecimiento (Peñarrubia, 2001).

2 La socialidad se referiría a una característica humana, que tiende a la socialización, a la relación y al encuentro con “otros” significativos para su desarrollo (Carrithers, 1992).

Otra de las características que se han atribuido a la socialización es su *incompletud*, como proceso permanente que persiste a lo largo de toda la vida y que consiste en la actualización constante del ser humano frente a los cambios sociales, los itinerarios de vida y las experiencias cotidianas. No obstante, la mayoría de corrientes y autores distinguen la importancia e intensidad de los primeros años de vida en los aprendizajes sociales, denominados *socialización primaria*, ya que generan las vivencias que tendrán mayor impacto en la construcción de la identidad individual y social. A partir de ese primer desarrollo de la sociabilidad y en el transcurso de su vida, cada ser humano vivirá en un constante proceso de socialización global, realizará nuevos aprendizajes y se transformará junto a la sociedad, incorporando los cambios culturales y tecnológicos, los diversos hábitos y costumbres, adaptándose a un amplio abanico de roles sociales relacionados con su status, su profesión y la participación en instituciones de diversa índole.

Una última característica general asignada al proceso de socialización es que éste se produce de forma *dinámica*; es decir, los seres humanos no son meros recipientes vacíos que asimilan o engullen todo lo que el mundo les aporta, sino que son sujetos activos y creadores en el intercambio con ese medio, en una relación dialéctica entre ellos y la sociedad de referencia desde el principio. Son, de hecho, ellos mismos esa sociedad, transformadora y transformada a su vez. La interiorización de la cultura, el aprendizaje de unas determinadas pautas sociales es así la condición previa de lo humano y al mismo tiempo su posibilidad creadora, su potencial renovador. La socialización sería entonces el proceso mediante el cual lo genérico humano se vuelve particular, individual y único. En resumen, podemos definir las características de la socialización y de lo que significa en tanto que proceso de pertenencia y desarrollo de la propia identidad como:

- Un proceso de *interiorización cultural* que establece y concreta una relación dialéctica entre el individuo y su medio social.
- Un *proceso permanente* a lo largo de la vida.
- Un *proceso dinámico y relacional*.
- Un proceso que permite *individualizarse como sujeto y construir la propia identidad*.
- Un proceso que requiere de la *presencia activa de un "otro" significativo* de referencia.

Sin duda, esta definición es escueta e incompleta. Tal vez porque el mismo concepto de socialización, queriendo definir el devenir humano y su realización particular, no puede dar cuenta, por fortuna, de la totalidad de la experiencia a través de la cual cada individuo acaba siendo, va siendo, una realidad única e inabarcable. De esta manera, al hablar de socialización, y tal como veremos en las teorías que han abordado su estudio, solemos hacer referencia, bien a sus objetivos finales, bien a los mecanismos que le subyacen, pero resulta muy complicado definir o articular sus contenidos, sus itinerarios, *sus*, en definitiva, realizaciones concretas en cada uno de nosotros.

La idea de socialización puede así convertirse para la educación en un *concepto-fetiché*, en muchos casos definido como la finalidad educativa primordial y, por el hecho de dar contenido al proceso de humanización, de construcción de la experiencia humana, acabar por explicarlo todo acerca de ella, sin que logre, al fin y al cabo, clarificar mucho acerca de la tarea educativa. Creemos que éste es un riesgo que asumimos si pretendemos dar cuenta, desde la pedagogía social, de esta noción básica para el pensamiento educativo que es al tiempo escurridizo en cuando intentamos sistematizarlo. Más que una aclaración al respecto, nos referiremos pues a las diversas aproximaciones teóricas que podemos hacer en torno a la sociabilidad y las preguntas que ese recorrido nos propone.

1.2. Una mirada hacia atrás y algunas teorías acerca del proceso de socialización

Las primeras teorías sistematizadas acerca de la socialización surgieron a finales del siglo XIX (Rodríguez, 1997), alcanzando su formalización definitiva en el ámbito educativo con los trabajos desarrollados por Durkheim cuando definió la educación como *proceso de socialización*. Para Durkheim, educar era preparar para la vida social y el ejercicio de la ciudadanía, y constituía una serie de aprendizajes que, aunque impuestos a los individuos mediante diversos mecanismos de “coacción”, suponían también la posibilidad de realización de la propia autonomía. El autor consideraba que la incorporación a la sociedad, la aceptación de sus leyes y normas tiene una base racional que posibilita la construcción de la individualidad. Por ello argumentaba que

El individuo, al optar por la sociedad, opta a la vez por sí mismo. La acción que ejerce sobre él, especialmente a través de la educación, no tiene en absoluto por objeto y efecto el de constreñirlo, disminuirlo y desnaturalizarlo, sino, muy al contrario, el de ensalzarlo y de convertirlo en un ser verdaderamente humano (Durkheim, 1989: 60).

Durkheim definió la educación como “*socialización metódica de la joven generación*”, lo cual, más que constituir el ejercicio de una tiranía, significaba una acción irrenunciable mediante la cual cada individuo podía desarrollar lo mejor de sí mismo a través de la educación. Para el autor, aquello que nos distingue como seres humanos es la capacidad de socialidad y de cultura y en este sentido, la única forma de devenir plenamente humanos, seres en sociedad, es a través del “sometimiento” a las reglas sociales y a las pautas culturales del grupo, aunque éste se realice mediante cierto control social. A partir de esta definición, la noción de socialización nos indica que la única forma de acceder a la propia identidad es a través de la interiorización del medio social desde las relaciones significativas que establecemos con los otros. El fin de la educación, su tarea específica sería, desde esta perspectiva, educar el *ser social* de cada individuo. En sus propias palabras:

Se puede decir que en cada uno de nosotros existen dos seres que, aun cuando inseparables a no ser por abstracción, no dejan de ser distintos. El uno está constituido por todos los estados mentales que no se refieren más que a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida privada: es lo que se podría muy bien denominar el ser individual. El otro es un sistema de ideas, de sentimientos y de costumbres que expresan en nosotros, no nuestra personalidad, sino el grupo o los grupos diferentes en los que estamos integrados; tales son las creencias religiosas, las opiniones y prácticas morales, las tradiciones nacionales o profesionales, las opiniones colectivas de todo tipo. Su conjunto constituye el ser social. El formar ese ser en cada uno de nosotros, tal es el fin de la educación. (Durkheim, 1989: 53-54).

Por tanto, para Durkheim, la socialización esta determinada por un contexto histórico y cultural³ específico y por los grupos concretos de los que formamos parte en él. Estos grupos nos definen y nos construyen desde categorías como el género, el estatus, la cultura o la clase social, entre otros. La educación como proceso de socialización debe ayudarnos a realizar nuestra

3 Fue Ruth Benedict quien incluyó en su definición de socialización la noción de “transmisión de la cultura” de una determinada sociedad, aunque en su teoría también destaca la función básicamente “adaptativa” de los individuos hacia la sociedad.

pertenencia y vinculación a esos grupos, favorecer la interiorización de sus normas, pautas y valores y su articulación en los diversos lugares sociales que en ellos ocupamos.

Durkheim no analizó en este sentido las desigualdades sociales a partir de las formas de pertenencia dominantes y los contenidos de cultura e identidad a ellos asignados, ni tampoco los mecanismos de legitimación social de esas desigualdades desde las narraciones que se articulan y desarrollan en el conjunto de la sociedad. Desde el mismo proceso de socialización y a través de las instituciones educativas encargadas de transmitir el patrimonio humano, la cultura y las pautas a las que se refiere el autor son aquellas que constituyen el *ser social* de una época, y de ahí su importancia. La transmisión de lo social y de la cultura se realiza en su opinión en tanto que proceso unidireccional, y la función de los individuos así socializados constituye un ejercicio básicamente adaptativo (su indeterminación primera así lo requiere) y de acomodación a “lo que es”, es decir, a lo socialmente instituido. La socialización así pensada nos remite a la idea de “llega a ser el que debes ser”, aunque también, como veremos más adelante a propósito de la identidad, podríamos articularla en torno a la idea de incertidumbre e incompletud de la experiencia humana que Mèlich (2003: 64) nombra como “llega a ser lo que *no* eres”, perspectiva que irrumpe las formas tradicionales de entender aquello que acontece con la emergencia de un “ser” en el mundo.

Así, solemos pensar la socialización en tanto que proceso, pero como proceso que necesita, que requiere de un final, de su realización casi definitiva, por ejemplo en la vida adulta. Podemos también examinar la educación, desde esta perspectiva, como tarea socializadora y ver si con ello la estamos en realidad imaginando a modo de una cristalización, como un itinerario de cerramiento y ajuste atravesado por formulaciones variadas: un lugar social, una profesión, un estatus cultural o económico, una vida familiar, etc. Socializarse sería, básicamente entonces, irse cerrando, pasar de los estados de apertura e indefinición primera, de sujeto humano en tanto que posibilidad o promesa, de una ambigüedad inicial, a su paulatina concreción, al cumplimiento de las expectativas o los deseos depositados en nosotros, a una realización más o menos coherente que permite a la sociedad, y aun a uno mismo, saber quién es cada quien y qué hace. Premisa y condición de nuestra vida en común tal y como la hemos pensado en nuestras sociedades en los últimos siglos. O podemos imaginarla como un proceso que se define precisamente por su posibilidad de novedad, incertidumbre y misterio, a modo de un itinerario sinuoso que, más que materializarse en etapas establecidas, consiste en un fluir por recorridos siempre desconocidos en su inicio. En palabras de Mèlich (2003: 42):

Vivir es interpretar, es asumir la precariedad, la fragilidad, es asumir un cierto riesgo, una cierta aventura, una cierta inseguridad.

Fue Manheim uno de los primeros autores en reflexionar sobre las desigualdades sociales⁴ en relación a los procesos de socialización, indicando que éstos suponían, además de la incorporación de cada sujeto a su sociedad, una suerte de “manipulación” de los individuos ya que, en cualquiera de sus formas, siempre acababa por constituir “una visión de la realidad y de su lugar en ella” (Jerez Mir, 1989) que favorecía las pautas culturales y los modelos de

4 Para Manheim esta desigualdad se manifiesta en el reparto desigual del pensamiento en los distintos grupos sociales. Para este autor, cada grupo generaría un conocimiento parcial sobre la realidad; por ello, la educación debe ser el elemento integrador a través de una acción socializadora que, a su vez, favorezca la individuación (Hernández, 1999: 23-25).

sociedad de los grupos dominantes. También Talcott Parsons observó la cuestión del poder⁵ en su definición de la socialización, al contemplarla como una relación dialéctica en la que cada ser humano integra los elementos básicos de su sociedad. Sin embargo, indicó que en dicho proceso cada individuo interioriza tres elementos cuya función es de carácter coactivo: “*aquello que le es impuesto por la sociedad, lo que él le impone a los demás y lo que, finalmente, acaba por imponerse a sí mismo*” (Rocher, 1990). Para Parsons, la socialización era el efecto de la interiorización de los valores y normas sociales y éstas no son culturalmente neutras ni homogéneas para todos los grupos. Para el autor, esta realidad muestra que la socialización es en definitiva el desarrollo de conductas que supongan la adhesión a los valores morales socialmente compartidos (Hernández Sánchez, 1999: 27).

Desde esta perspectiva, podríamos abordar la socialización como *un proceso de interiorización e identificación que atraviesa a todo ser humano, que le constituye en sociedad y al mismo tiempo lo individualiza; en él se incorporan los elementos culturales, sus significados, en forma de conocimientos y saberes que permiten la interacción con los otros significativos y la construcción de la propia identidad*. Socializarse tendría que ver entonces con la capacidad de construir *interioridad*, mediante un proceso en el que el “recién llegado” incorpora y se nutre de la “red social” de la que forma parte, de sus interacciones objetivas y subjetivas. La socialización como *interioridad* es al mismo tiempo *encuentro*, en el sentido de que aquello que nos hace verdaderamente humanos es la sociedad, porque sólo en ella el sujeto humano puede actualizarse como tal, es de ese “lugar” que le precede del que recibirá su mundo y la posibilidad misma de interactuar en él. Recibirá, en definitiva, lenguaje, cultura, sentimientos y conocimientos, entre otras cosas, que no eligió y que le constituirán en lo que es. Así definida, la socialización sería un aprehender el mundo al que llegamos en el que interactúan por igual procesos de adaptación a los grupos, a sus normas y valores, como procesos de interiorización; es decir, creación y apropiación de ese mundo y de sus pautas culturales de forma única y diferenciada en cada uno de nosotros.

A partir de la idea anterior, podemos recoger tres “capacidades” que resaltan la idea de que la socialización requiere de algo más que de un mero proceso de adaptación social:

- Supone cuidado y acogimiento. Este cuidado parte también de las expectativas depositadas y se realiza a través de las relaciones y los encuentros con los otros.
- Supone a la vez una apropiación, un interiorizar el mundo al que llegamos, un pasar a formar parte e identificarse y desarrollar, a partir de ello, el sentido de la propia existencia.
- Implica el desarrollo en permanente confrontación con las normatividades objetivas y con los sistemas de valor en el mundo en que vive el sujeto, es decir, desarrollar la capacidad de integrar el pluralismo social y cultural del mundo. Estas cualidades indican que todo proceso de socialización entraña desplegar capacidades por parte del individuo, como distinguir, valorar, integrar, modificar, etc., y que por tanto podemos considerarlo como el desarrollo y construcción de un “yo” social a través de actos que comportan la iniciativa y creatividad del sujeto.

Sin embargo, a partir de esta primera idea de “adaptación e interiorización de la sociedad”, la mayor parte de teorías sociológicas posteriores han reflejado que la socialización implicaría tanto procesos de aculturación adaptativa como de personalización. Pensada desde la idea de identidad, la socialización no puede reducirse a la adaptación al mundo y

5 Aunque el autor no la conceptualizó en estos términos.

a la época concreta a la que nacemos, no puede tampoco constituir la idea, más o menos explícita, de aquello que habremos de ser en un futuro, una vez alcanzada la vida adulta. No puede en fin explicarse sólo a partir de ese lugar que ocupamos en una sociedad y en un tiempo histórico en el que irrumpimos de algún modo desde una indeterminación primera. En este tipo de aproximaciones, la socialización se ha planteado, y con ella la educación, como un trabajo de determinación. Es decir, como aquella acción dirigida a dotar de contenidos apropiados y significativos esa indefinición primera a la que hacíamos referencia. Esos serían los contenidos de la cultura a los que aludíamos en párrafos anteriores y con ellos la identidad se habría entendido como el “yo” público capaz de manejarse adecuadamente en el mundo en el que esa individualidad crece.

Las *teorías del desarrollo* también han definido la socialización, bien como estudio de las etapas o estadios de crecimiento y sus similitudes en la infancia (Psicología del Desarrollo⁶) o bien centrándose en las diferencias cognitivas y en las conductas sociales de los individuos independientemente de la edad (aprendizaje social⁷). Es decir, en el primer caso, más que incidir en las dimensiones sociales y adaptativas, se centraron en los procesos de desarrollo, en las necesidades y potencialidades humanas y en las etapas que configuran el largo aprendizaje de la cultura y la sociedad. Desde esta perspectiva, y en sus primeras formulaciones, la socialización se contempló como un proceso que afecta de forma primordial a los primeros años de vida⁸.

La segunda corriente, desarrollada principalmente por los psicólogos anglosajones se orientó hacia el análisis de las diferencias entre niños de la misma edad y en las constantes del comportamiento y de la conducta. Weirnet (1981) señala que esta perspectiva se ha desarrollado aún más desde las aportaciones de la antropología cultural y el psicoanálisis, al describir el desarrollo en tanto que proceso de socialización, es decir, “*como modelación del hombre por la sociedad y para la sociedad*”⁹, enlazando así con las perspectivas de carácter social que vimos en párrafos anteriores. F. Muné (1993) indica al respecto que el psicoanálisis, al haberse basado en una visión psicobiológica del ser humano, al menos en sus inicios, no desarrolló una teoría social de los individuos propiamente dicha. Sin embargo, podríamos tomar la noción de *superyo* como el concepto que ejemplifica la interiorización de la sociedad por parte de los individuos, de sus normas y valores, en tanto que reglas incorporadas a la propia personalidad.¹⁰

Muné apunta en este sentido que, básicamente, todas las corrientes psicológicas han abordado o dado una definición de la socialización. Por ejemplo, algunas de las aportaciones de referencia las encontramos en las *teorías del aprendizaje* y los conceptos de imitación, modelado y ensayo, introducidas por autores como Miller y Dollard o Bandura, entre otros

6 Autores de referencia, que no es posible analizar con detenimiento en este capítulo, serían Freud, Erikson, Piaget y Mead, entre otros.

7 Para una mayor profundización en estas cuestiones, ver Muné (1993); Rocher (1990); Jerez (1989).

8 Podemos considerar la obra de Piaget como la más representativa y significativa en esta corriente en el ámbito educativo.

9 Definición realizada por Child (Weirnet, 1981).

10 En este sentido, Muné (1993: 62-63) indica que, para el psicoanálisis, la socialidad tiene que ver con la represión de la libido. El autor define esta perspectiva como “pesimismo social”, en el sentido de entender que la sociedad reprime a los individuos a través de la sublimación de sus impulsos hacia actividades sociales.

(Swewnson, 1987). Miller y Dollard introdujeron la noción de *imitación* para la elaboración de una teoría de la personalidad, al entender que ésta era la base de la formación de hábitos y de todo aprendizaje social. Sin embargo, fue Bandura quien retomó más tarde la idea de imitación, desarrollándola a partir del papel fundamental que jugaban en ella los procesos de observación. Para Muné (1993: 137), los conceptos de *observación* y *modelado* de estos autores en el estudio de la conducta y el aprendizaje social resultan “*un poderoso instrumento para el análisis del proceso de socialización*”, aunque indica que plantean además un dilema moral respecto de la libertad y el control social sobre los individuos.

Una de las aportaciones que cabe destacar dentro de este grupo son los trabajos sobre el desarrollo infantil de George H. Mead, que describió el proceso de socialización como un aprendizaje no mecánico que incorpora una fuerte carga emocional y afectiva. Desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, una de sus principales aportaciones a la teoría de la socialización fue la noción de *self* (diferenciada de los conceptos de *mi* y *yo*), que definió como “*sí mismo*”: *la conciencia de ser de los individuos que únicamente puede desarrollarse desde la interacción con otros significativos*. Para Mead, el “yo” es un conjunto de necesidades y deseos espontáneos “no socializados”, y la conciencia de uno mismo o *self*, por el contrario, aparece en ese momento en el que el niño puede distinguir entre el yo y el mi (yo social). Por ello, la noción de *self* implicaría la capacidad de “adoptar el papel del otro”. Podríamos decir entonces que la socialización requiere de la facultad de interiorización de un “otro generalizado”, no necesariamente presente, que implica el manejo de nociones abstractas¹¹.

Otras de las aportaciones que cabe destacar son aquellas teorías orientadas al estudio de las cogniciones sociales, articuladas en torno a la idea de que el conocimiento humano es una actividad al mismo tiempo psicológica y social. En este sentido, Piaget entendió la socialización como una actividad que incorpora procesos de asimilación y de acomodación. En el primer proceso, el individuo se nutre de la sociedad y la incorpora; en el segundo, el sujeto se ajusta a la realidad en la que vive. La socialización constituiría así el producto de la complementación entre ambas actividades. Para Piaget, existen cuatro elementos principales de la sociedad en la realización de todo proceso de socialización: *la imitación, el juego, el lenguaje y la educación*. Contrariamente, Bruner lo definirá como un *proceso de categorización de la realidad* que todo individuo realiza a partir de la interiorización de un modelo configurado por las pautas culturales de su entorno. El proceso mediante el cual el individuo se realiza como ser social es el de contraste del modelo interiorizado y la realidad y se materializa a través de las diversas influencias socioculturales y de los conflictos que se producen entre ambas entidades.

Por último, nos interesa destacar las teorías del rol y los enfoques cercanos al interaccionismo simbólico, en las que podemos encontrar diversas corrientes¹². Muné (1993:262) describe el modelo de socialización que deriva de ellas así:

11 La noción de “sí mismo” es compleja y se ha abordado desde diversas teorías psicológicas. Por ejemplo, F. Peñarrubia (2001: 102-117), desde la perspectiva de la psicología de la Gestalt y a partir de la formulación de P. Goodman (1951), lo describe como “*el proceso de ajustamiento creativo entre el organismo y el medio*”, es decir: “*lo único que se puede denominar sí mismo es una totalidad integrada, una especie de testigo mudo que no se identifica con lo que va emergiendo, sino que lo observa*”.

12 Agruparíamos bajo este epígrafe las corrientes vinculadas al interaccionismo y la etnometodología, entre otras, destacando la obra de E. Goffman.

[...] el modelo de hombre (y de realidad social) que suponen estas teorías viene dado por una vieja y conocida metáfora, que es una constante temática de la literatura universal [...] consistente en ver la vida social humana como un gran teatro donde hay personajes que actúan según unos papeles dados por unos guiones, en un escenario, con un director y ante un público que aprueba o desaprueba las actuaciones.

Dos nociones nos parecen interesantes en la definición del proceso de socialización de estas teorías. En primer lugar, el concepto de “*comunicación simbólica*” y, en segundo lugar, la definición de la conducta en tanto que *puesta en escena* o *rol*. Lo que nos interesa destacar es el elemento de interacción, según el cual los sujetos incorporan y construyen una identidad, no tanto en función de la interiorización de una “realidad objetiva”, como por efecto de la interpretación de esa realidad y de los otros significativos que la habitan, de sus mensajes y de las expectativas que generan en él. Es por ello una interacción que supone de algún modo una actividad creativa por parte del individuo, porque para su realización debe tener en cuenta el medio y a los otros en él. En palabras de Muné (1993: 282), “*la realidad va siendo construida activamente por las personas al interactuar*”. De la misma manera la definirá Carrithers (1992: 85) al analizar la sociabilidad humana:

[...] la forma más general de hablar acerca de la sociabilidad, es el de la intersubjetividad, esa innata propensión humana al compromiso y a la comprensión recíproca. Parte de esa propensión es cognitiva o intelectual, parte emocional, pero, en cualquier caso, el carácter y la experiencia humanas existen únicamente en y a través de las relaciones de las personas entre sí.

Sin embargo, la misma situación está definida socialmente, y en su interacción los individuos desempeñan roles aprendidos. Desde esa realidad, podríamos entender la socialización como un *aprendizaje de roles*. También Goffman desarrollará la idea del rol en las acciones de los individuos en su vida cotidiana, en tanto que actores y personajes en un medio social pautado. Es en esta línea en la que Berger y Luckman entendieron la socialización como un *proceso dialéctico*, en el que es importante estudiar, además de la interiorización de la sociedad por parte de los individuos, las formas de legitimación ideológica e institucionalización que esa sociedad genera.

Berger y Luckmann (1995), a partir de las teorías de G.H Mead, indicarán al respecto que el ser humano nace con un potencial de socialidad, que se actualizará en el proceso de socialización. Es decir, llegar a ser miembro de una sociedad no es un hecho que sé de por nacimiento, sino que incluye un proceso en el que el sujeto participa activamente. La socialización es un devenir en el que se construye el yo, pero como “identidad reflejada”, es decir, como interiorización de los otros significativos y de la relación con ellos, con sus contenidos y narraciones sobre el mundo y sobre él. Distinguieron varios “momentos” en dicho proceso, siendo el primero de ellos el de *internalización*. Para los autores, la internalización requiere que el sujeto “*asuma el mundo en que vive, en el que ya viven otros*”; no es, por tanto, un proceso autónomo de los individuos. Este asumir el mundo se concreta en cuatro niveles o momentos:

- Comprensión del otro y del medio social (el mundo de referencia).
- Compartir el tiempo con ese otro, en el que las situaciones que se producen se tornan significativas para el sujeto, enlazándose unas con otras.

- Establecer reciprocidad con ese otro. Es decir, la definición de las situaciones compartidas implica que las valoremos en función de ese otro que las comparte con nosotros.
- Identificación, que surge de ese compartir y de la identificación mutua en el proceso.

Para Berger y Luckman (1995), sólo cuando se han completado esos cuatro momentos, es decir, cuando *“el individuo ha llegado a ese grado de internalización puede considerársele miembro de la sociedad”*. En definitiva, recogemos de las teorías estudiadas los contenidos y acciones más significativas del proceso de socialización, entendiéndola como construcción de la identidad social de los individuos a partir de las interrelaciones y el desarrollo de su subjetividad y en tanto que proceso de individuación, que permitirán al sujeto desenvolverse y relacionarse en el medio social propio. Estos son:

- Desarrollo del lenguaje.
- Interiorización de la cultura y desarrollo de procesos de aprendizaje y creación.
- Incorporación de las normas, valores y de la red de significados simbólicos del grupo.
- Construcción de la identidad y la alteridad.
- Desarrollo de procesos de subjetivación e intercambio con otros significativos.
- Incorporación de modelos sociales de referencia y elaboración de la propia autonomía.

La socialización, desde nuestra perspectiva y junto a algunas de las referencias anteriores, más que consistir en un proceso de tensión entre el individuo y su medio social, está constituido por la relación global entre el sujeto y su ambiente en un campo de interacciones en constante cambio. No constituye, de este modo, una apropiación del mundo o su simple interiorización, sino un complejo proceso de creación de ese mundo a partir de las situaciones de referencia en las que está inmerso el individuo a lo largo de su vida y que se define, más que por la construcción de un yo definitivo o una personalidad social estable, por la multiplicidad de “identificaciones” que el sujeto va construyendo a través de los cambios individuales y sociales que atraviesa.

Podríamos en este sentido definir la socialización como una narración que los individuos tejen a lo largo de su vida sobre ellos mismos y sobre el mundo que les rodea. Una narración que construye una historia acerca de la propia identidad y da sentido a los acontecimientos que se suceden en el devenir de la vida. Podría decirse también que al mismo tiempo la socialización, en tanto que proceso, proyecta dicho relato hacia el futuro, articulando la coherencia necesaria para explicar la dirección y el significado de la propia existencia. Si la socialización requiere de la realización de identificaciones, de la interiorización de un mundo ya constituido pero en ningún modo estático, significa también un ejercicio de comprensión de ese mundo, un relato de orden que designa una interioridad y sus interrogantes, que señala y permite “lugares” específicos desde los que los individuos pueden construirse y que en definitiva, como pedía K. Mansfield, implican a la totalidad de acciones (sentir, pensar, actuar) en y a través del juego de las identidades y las alteridades, de sus relaciones y sus intercambios.

Esa interiorización del mundo al que hemos llegado es la que en definitiva nos permite “actuar” en él y, en la misma medida, inaugurarlos cada vez. Sin duda la identidad que emerge en ese proceso no constituye un relato totalmente original, recoge los testimonios de miles de historias que se contaron anteriormente, parte de los testimonios que otros dejaron mucho antes, pero al mismo tiempo abre en cada uno una *novedad* (Arendt, 1996), un principio que constituirá el testigo y legado de las generaciones posteriores, a todos los efectos.

Capítulo 2.

Sociedad del conocimiento y agencias de socialización. *Aventurarse por y educarse en la ciudad global*

Ahora, por decirlo así, el Centro es todo suyo, se lo han puesto en bandeja de sonido y de luz, puede vagar por él tanto cuanto le apetezca, regalarse de música fácil y de voces invitadoras. Si, cuando vinieron para conocer el apartamento, hubieran utilizado un ascensor del lado opuesto, habría podido apreciar, durante la vagarosa subida, aparte de nuevas galerías, tiendas, escaleras mecánicas, puntos de encuentro, cafés y restaurantes, muchas otras instalaciones que en interés y variedad nada le deben a las primeras, como son un carrusel con caballos, un carrusel con cohetes espaciales, un centro para niños, un centro para tercera edad, un túnel del amor, un puente colgante, un tren fantasma, un consultorio de astrólogo, un despacho de apuestas, un local de tiro, un campo de golf, un hospital de lujo, otro menos lujoso, una bolera, una sala de billares, una batería de futbolines, un mapa gigante, una puerta secreta, otra con un letrero que dice experimente sensaciones naturales, lluvia, viento y nieve a discreción, una muralla china, un taj-majal, una pirámide de egipto, un templo de karnak, un acueducto de aguas libres que funciona las veinticuatro horas del día, un convento de mafra, una torre de los clérigos, un fiordo, un cielo de verano con nubes blancas flotando, un lago, una palmera auténtica, un tiranosaurio en esqueleto, otro que parece vivo, un himalaya con su everest, un río amazonas con indios, una balsa de piedra, un cristo del concorvado, un caballo de troya, una silla eléctrica, un pelotón de ejecución, un ángel tocando la trompeta, un satélite de comunicaciones, una cometa, una galaxia, un enano grande, un gigante pequeño, en fin, una lista hasta tal punto extensa de prodigios que ni ochenta años de vida ociosa serían suficientes para disfrutarlos con provecho, incluso habiendo nacido la persona en el Centro y no habiendo salido nunca al mundo exterior.

Saramago, 2001